

Haruki Murakami

LA CAZA DEL CARNERO SALVAJE

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

LA CAZA DEL CARNERO SALVAJE



colección andanzas

HARUKI MURAKAMI
LA CAZA DEL CARNERO SALVAJE

Traducción del japonés
de Gabriel Álvarez Martínez

TUSQUETS
EDITORES

Capítulo primero
25 de noviembre de 1970

El pícnic de los miércoles por la tarde

Un amigo mío se enteró por casualidad mientras hojeaba el periódico y me llamó para comunicarme que ella había muerto. Me leyó despacio y en voz alta la noticia, de un solo párrafo, que aparecía en la edición matutina. Un artículo mediocre. Parecía el ejercicio de un periodista recién graduado, sin experiencia.

El día tal, del mes tal, un camión conducido por fulano atropella a mengana en una esquina del barrio tal. Zutano está investigando el caso, pero parece que ha sido un homicidio por imprudencia temeraria.

Aquello sonaba como esos breves poemas que aparecen en las primeras páginas de las revistas.

—¿Dónde se celebrará el funeral? —le pregunté.

—No tengo ni idea —me contestó—. Para empezar, ni siquiera sé si tenía familia.

Claro que tenía familia.

Ese mismo día llamé a la policía y pregunté si me podían facilitar su dirección y número de teléfono; luego marqué el número y pregunté cuándo se celebraría el funeral. Como dijo alguien una vez: con esfuerzo, todo se sabe en esta vida.

La vivienda se hallaba en el área de Shitamachi. Desplegué el mapa de Tokio y marqué con bolígrafo rojo el núme-

ro de su casa. Era el típico barrio antiguo tokiota. Las líneas del metro, del tren y del autobús urbano se enmarañaban y superponían como en una telaraña que ha perdido el equilibrio, varios canales de desagüe discurrían por un laberinto de calles que surcaba el suelo igual que las estrías de un melón.

El día del funeral tomé un tranvía en Waseda. Me apeé en una estación próxima a la terminal y consulté el mapa que llevaba conmigo, pero me sirvió de bien poco, igual que si hubiera consultado un globo terráqueo. Al final acabé comprando varios paquetes de tabaco y preguntando varias veces la dirección hasta dar con la vivienda.

Era una vieja casa de madera rodeada por una valla marrón. Al atravesar la puerta, a mano izquierda había un pequeño jardín, que, por sus dimensiones, no se sabía qué utilidad tendría. En un viejo brasero de cerámica, ya inservible y tirado en un rincón del jardín, se acumulaban quince centímetros de agua de lluvia. La tierra estaba húmeda y oscura.

El funeral fue discreto, solo acudieron los más allegados, debido en parte a que ella se había fugado de casa a los dieciséis años y jamás había vuelto. Casi todos los presentes eran familiares de edad avanzada, y presidía la ceremonia el que debía de ser su hermano o su cuñado, que apenas pasaba de los treinta.

Su padre era un hombre de baja estatura, de unos cincuenta y cinco años, que llevaba un brazalete de luto sobre el traje negro y permanecía prácticamente inmóvil junto a la puerta. Su figura me recordó una ruta asfaltada tras el paso de una riada.

En el momento deirme, agaché la cabeza en silencio y él hizo lo mismo.



La conocí en el otoño de 1969; yo tenía veinte años y ella, diecisiete. Cerca de la universidad había una pequeña cafetería en la que solía quedar con mis amigos. No tenía nada especial, pero podías escuchar rock duro mientras tomabas un café infame.

Ella siempre estaba sentada en el mismo sitio y se entregaba a la lectura con los codos sobre la mesa. Tenía las manos huesudas y llevaba unas gafas que me recordaban un aparato de ortodoncia, pero había algo en su aspecto que la hacía parecer afable. Su café siempre estaba frío; y el cenicero, lleno de colillas. Lo único que variaba era el título del libro. Un día leía a Mickey Spillane, otro día a Kenzaburō Ōe y, en otra ocasión, una antología poética de Ginsberg. En resumidas cuentas, cualquier cosa le valía con tal de que fuese un libro. Los estudiantes que frecuentaban la cafetería le prestaban libros y ella los devoraba de cabo a rabo, igual que si royera mazorcas de maíz. Como por entonces había mucha gente que se prestaba libros, supongo que nunca le faltó lectura.

Aquella era también la época de los Doors, los Stones, los Birds, Deep Purple y los Moody Blues. Se palpaba la intensidad del ambiente y parecía que con una sola patada fuera a desplomarse todo como un castillo de naipes.

Nosotros nos pasábamos el día bebiendo whisky barato, practicando sexo rutinario, entablando debates inconclusos, prestándonos libros. Y así, dando chasquidos, iba bajando el telón de la desmañada década de los sesenta.

He olvidado cómo se llamaba.

Podría buscar el recorte de la esquila para recordarlo, pero ahora mismo el nombre es lo de menos. He olvidado cómo se llamaba. Eso es todo.

A veces quedo con viejos amigos y, por azar, acabamos hablando de ella. Ellos tampoco recuerdan su nombre. «Oye, ¿se acuerdan de aquella chica que se acostaba con todo el mundo? ¿Cómo se llamaba? Lo he olvidado por completo. Yo también me acosté con ella varias veces, pero... ¿Cómo le irá? ¿Se imaginan que de repente se la encuentran por la calle?»

Érase una vez una chica que se acostaba con todo el mundo.

Ese era su nombre.



Si somos justos, no se acostaba con todo el mundo, por supuesto. Debía de tener sus criterios.

Aunque, si nos atenemos a la realidad, se acostaba con cualquier hombre *en general*.

En una ocasión le pregunté por pura curiosidad cuáles eran esos criterios.

—Pues... —Estuvo meditando unos treinta segundos—. No me acuesto con cualquiera, evidentemente. A veces pienso: «Con este, ni hablar». Pero ¿sabes qué?, creo que, al fin y al cabo, lo que deseo es conocer gente. O tal vez sea esa mi forma de entender mi propio mundo.

—¿Acostándote con ellos?

—Sí.

Esta vez fui yo el que tuvo que pararse a meditar.

—Y ¿qué?... ¿Has aprendido algo?

—Alguna cosa —dijo ella.



Del invierno de 1969 al verano de 1970 apenas nos vimos. La universidad fue clausurada en numerosas ocasiones

y sufrió continuos encierros estudiantiles, y yo estaba metido en mis propios problemas, al margen de todo aquello.

En el otoño de 1970, cuando me dejé caer por la cafetería, la clientela había cambiado por completo y ella era la única cara familiar. Aunque seguían poniendo rock duro, en el ambiente ya no había la misma intensidad. Solo persistían ella y el café infame. Me senté frente a ella y, mientras nos tomábamos un café, charlamos sobre viejos conocidos.

La mayoría había dejado la carrera. Uno se había suicidado y otro había desaparecido sin dejar rastro. Estuvimos hablando de cosas así.

—¿Qué has hecho durante el último año? —me preguntó ella.

—De todo —contesté.

—¿Te has vuelto un poco más listo?

—Un poco, sí.

Y esa noche me acosté con ella por primera vez.



No sé mucho sobre su pasado. Me parece que alguien me contó algo, pero quizá fue ella misma mientras estábamos en la cama. El caso es que, durante el verano del primer año que estudiaba en el instituto, tuvo una bronca descomunal con su padre y huyó de casa (y, de paso, del instituto). Nadie sabía dónde vivía o cómo se ganaba la vida.

Se pasaba el día sentada en la cafetería donde ponían rock tomando café, fumando constantemente y hojeando libros a la espera de que alguien le pagase el café y el tabaco (una cantidad de dinero que, para nosotros, en aquel entonces, no era insignificante); alguien con quien, por lo general, acababa acostándose.

He ahí todo lo que sé sobre ella.

Desde el otoño de ese año hasta la primavera del año siguiente, ella se pasaba por mi piso, en las afueras de Mitaka, una vez por semana, los martes por la noche. Comía la sencilla cena que le preparaba, llenaba el cenicero de colillas y hacíamos el amor mientras escuchábamos a todo volumen un programa de rock de la FEN.* Los miércoles por la mañana dábamos un paseo a través de una arboleda hasta el campus de la ICU, la Universidad Católica Internacional, luego nos acercábamos al comedor y almorzábamos. Por la tarde, nos tomábamos un café poco cargado en la sala de estudiantes y, si hacía buen tiempo, nos acostábamos en el césped y mirábamos al cielo.

Ella lo llamaba «el pícnic de los miércoles».

—Cada vez que venimos aquí, tengo la impresión de que vamos a hacer un pícnic de verdad.

—¿Un pícnic de verdad?

—Sí, el sitio es amplio, está todo cubierto de césped, la gente se ve feliz...

Ella se sentó en el césped y, tras malgastar varias cerillas, consiguió encender un cigarrillo.

—El sol alcanza su cenit y comienza a bajar, la gente va y viene, el tiempo fluye como el aire. ¿A ti no te parece que es como un pícnic?

Entonces yo tenía veintiún años y faltaban unas semanas para que cumpliera los veintidós. En ese momento había perdido la esperanza de poder graduarme, pero no tenía ningún motivo especial para dejar la universidad. Me pasé varios meses atrapado en una desesperante sen-

* La FEN o Far East Network era una emisora de radio y televisión dirigida a los militares estadounidenses de las bases japonesas, Okinawa, Filipinas y Guam. (*N. del T.*)

sación de aturdimiento, sin lograr dar un solo paso hacia delante.

Tenía la impresión de que el mundo se movía y de que yo era el único que se había quedado plantado en el mismo sitio. En el otoño de 1970, mis ojos lo teñían todo de melancolía; era como si todo estuviera marchitándose a marchas forzadas. La luz del sol, el olor de la hierba, e incluso el rumor de la lluvia, todo me ponía de mal humor.

Soñaba a menudo con trenes nocturnos. Siempre era el mismo sueño: un vagón queapestaba a tabaco, a retrete y a humanidad. Iba tan lleno que apenas quedaba sitio donde poner los pies, y en los asientos había viejas manchas de vómito. Incapaz de soportarlo más, me levantaba y me apeaba en una estación. Era un descampado yermo, sin una sola casa habitada. Ni siquiera había empleados de estación. Ni reloj, ni horarios, nada de nada —así era el sueño.

Creo que, durante esa época, tuvimos varias disputas. Ahora no consigo recordar cómo ocurrió. Quizá simplemente me enfrentara a mí mismo. A ella no le gustó nada, aunque (dicho con exageración) puede que hallase cierto placer en ello. No entiendo por qué. Al final, no debía de ser ternura lo que ella me pedía. Ahora, cada vez que lo pienso, me siento raro. Me entristezco, como si de pronto hubiera tocado un muro invisible suspendido en el aire.



Todavía hoy recuerdo perfectamente aquella extraña tarde del 25 de noviembre de 1970. Las hojas de los ginkgos, abatidas por una fuerte lluvia, teñían de amarillo el sendero que discurría por entre la arboleda, como el lecho seco de un río. Ella y yo paseábamos con las manos hundidas

en los bolsillos del abrigo. No se oía nada más que el ruido de nuestros pasos sobre las hojas muertas y los agudos trinos de los pájaros.

—¿En qué estás pensando? —me preguntó ella de repente.

—En nada del otro mundo —dije yo.

Ella tomó la delantera, se sentó al borde del camino y se fumó un cigarrillo. Yo me senté a su lado.

—¿Siempre tienes pesadillas?

—A menudo. Suelo soñar que las máquinas expendedoras no me devuelven el cambio.

Ella se rio, colocó la palma de su mano sobre mi rodilla y luego la apartó.

—Me parece que no tienes muchas ganas de hablar, ¿no?

—Es que no sé cómo expresarlo.

Tiró el cigarrillo a medio fumar al suelo y lo aplastó cuidadosamente con la zapatilla de deporte.

—Eso es porque las cosas que uno realmente quiere contar siempre son difíciles de expresar, ¿no crees?

—No sé —dije yo.

Dos pájaros alzaron el vuelo con un aleteo y desaparecieron tragados por el cielo despejado. Nosotros nos los quedamos observando en silencio durante un rato hasta que dejamos de verlos. Luego, ella dibujó con una ramita seca unas figuras indescifrables en el suelo.

—A veces, cuando duermo contigo, me pongo muy triste.

—Pues lo siento —dije yo.

—No es culpa tuya. Ni de que pienses en otra cuando hacemos el amor. Eso es lo de menos. Yo... —En ese instante dejó de hablar y, lentamente, trazó tres líneas paralelas en la tierra—. No lo entiendo.

—No quiero cerrar mi corazón —dije yo tras un breve silencio—. Pero es que no consigo entender qué me pasa.

Hay cosas que me gustaría comprender en su justa medida. Tampoco quiero exagerar, ni fingir que no pasa nada. Necesito tiempo.

—¿Cuánto tiempo?

Yo sacudí la cabeza.

—No lo sé. Quizás un año o quizá diez.

Ella tiró la ramita al suelo, se levantó y se sacudió las briznas pegadas al abrigo.

—Dime, ¿diez años no te parecen una eternidad?

—La verdad es que sí —contesté.

Atravesamos el bosque hasta llegar al campus de la ICU y, como siempre, nos sentamos en la sala de estudiantes a comer un pancho. Eran las dos de la tarde y la televisión no dejaba de transmitir, una y otra vez, imágenes de Yukio Mishima. El volumen debía de estar estropeado porque apenas se oía, pero, en todo caso, a los dos nos traía sin cuidado. Al terminarnos el pancho nos bebimos otro café. Un estudiante subido a una silla estuvo manoseando el mando del volumen durante un rato hasta que se cansó, se bajó y desapareció.

—Quiero acostarme contigo —dije yo.

—De acuerdo —contestó, y sonrió.

Con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, caminamos sin prisa hacia mi piso.

Cuando de pronto me desperté, ella lloraba calladamente. Sus hombros menudos se sacudían bajo la manta. Encendí la estufa y miré el reloj: las dos de la madrugada. Una luna blanquísima pendía en el cielo.

Esperé a que dejase de llorar, puse agua a hervir, metí unas bolsitas de té y nos lo bebimos juntos. Té negro caliente, sin azúcar, ni limón ni leche. A continuación encen-

dí dos cigarrillos y le ofrecí uno. Ella aspiró el humo y lo expulsó; a la tercera calada, le entró un ataque de tos.

—Dime, ¿alguna vez has querido matarme? —me preguntó.

—¿A ti?

—Sí.

—¿Por qué me lo preguntas?

Ella se frotó los párpados con la punta de los dedos mientras sujetaba el cigarrillo con los labios.

—Porque sí.

—Pues no —dije yo.

—¿En serio?

—En serio. ¿Por qué querría matarte?

—Ya —asintió ella, con desgano—. Simplemente se me ocurrió que no estaría mal que alguien me matara. Mientras duermo plácidamente.

—Yo no voy por ahí matando a la gente.

—¿Ah, no?

—Eso creo.

Ella se rio y aplastó el cigarrillo en el cenicero, bebió de un trago lo que quedaba de té y, después, encendió otro cigarrillo.

—Voy a vivir hasta los veinticinco —dijo ella—. Luego me moriré.



Se murió en julio de 1978, a los veintiséis años.